

Escudé, Carlos

Working Paper

¿Hacia un nuevo medioevo? El neomodernismo frente al conflicto global actual

Serie Documentos de Trabajo, No. 330

Provided in Cooperation with:

University of CEMA, Buenos Aires

Suggested Citation: Escudé, Carlos (2006) : ¿Hacia un nuevo medioevo? El neomodernismo frente al conflicto global actual, Serie Documentos de Trabajo, No. 330, Universidad del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (UCEMA), Buenos Aires

This Version is available at:

<https://hdl.handle.net/10419/84275>

Standard-Nutzungsbedingungen:

Die Dokumente auf EconStor dürfen zu eigenen wissenschaftlichen Zwecken und zum Privatgebrauch gespeichert und kopiert werden.

Sie dürfen die Dokumente nicht für öffentliche oder kommerzielle Zwecke vervielfältigen, öffentlich ausstellen, öffentlich zugänglich machen, vertreiben oder anderweitig nutzen.

Sofern die Verfasser die Dokumente unter Open-Content-Lizenzen (insbesondere CC-Lizenzen) zur Verfügung gestellt haben sollten, gelten abweichend von diesen Nutzungsbedingungen die in der dort genannten Lizenz gewährten Nutzungsrechte.

Terms of use:

Documents in EconStor may be saved and copied for your personal and scholarly purposes.

You are not to copy documents for public or commercial purposes, to exhibit the documents publicly, to make them publicly available on the internet, or to distribute or otherwise use the documents in public.

If the documents have been made available under an Open Content Licence (especially Creative Commons Licences), you may exercise further usage rights as specified in the indicated licence.

¿Hacia un nuevo Medioevo? El neomodernismo frente al conflicto global actual¹

Por Carlos Escudé

Investigador Principal del CONICET y
Director del Centro de Estudios Internacionales y de
Educación para la Globalización (CEIEG),
Universidad del CEMA, Buenos Aires.

RESUMEN

El mundo no enfrenta un choque de civilizaciones sino algo que se le asemeja: una estremecedora colisión entre la *Weltanschauung* del Occidente liberal y secular, y la que corresponde al extremismo islámico. Se trata de un conflicto trascendente en un ámbito no negociable, que puede ser descrito por la siguiente díada de proposiciones contrapuestas: “Si el Corán es la única Escritura increada y el medio al que acudió Dios para legislar sobre los asuntos humanos, entonces Alá debe gobernar sobre los hombres, los fieles señorear sobre los infieles y los varones regir sobre las mujeres. Todo orden alternativo subvierte el mandato divino y debe ser oportunamente derrocado. Si, por el contrario, todos los individuos están dotados de unos mismos derechos esenciales que incluyen la libertad religiosa, la libertad de expresión y la igualdad ante la ley, entonces toda doctrina que apele a métodos violentos para imponer el predominio de una fuente religiosa y una jerarquía teocrática, es intrínsecamente perversa y debe ser reprimida.”

ABSTRACT

Towards a new Middle Age? Neomodernist philosophy vis-à-vis the present global clash

The present global conflict is not so much a clash of civilizations as a collision between the *Weltanschauung* of the liberal, secular West, and that of the extremist segment of Islam. It is a transcendent conflict in a realm that is non-negotiable, which can be described by the following dyad of propositions: “If the Koran is the only revealed and uncreated Scripture and the means chosen by God to legislate over human affairs, then Allah must rule over men, the faithful must master the infidels, and males must lord over females. Any alternative order subverts the divine mandate and must be opportunely overthrown. If, on the contrary, all individuals are endowed with the same essential human and civil rights, including religious freedom, freedom of expression and equality before the law, then any doctrine that actively seeks to impose one religious source and a theocratic hierarchy is intrinsically perverted and must be repressed.”

NOTA: Las opiniones expresadas en este trabajo son del autor y no necesariamente reflejan las de la Universidad del CEMA.

¹ Este documento de trabajo es una versión en formato de *paper* de una conferencia impartida por su autor el 18 de octubre de 2006 en el Seminario Rabínico de Buenos Aires, bajo los auspicios del Programa “Abriendo Puertas” de la Ben Gurion University of the Neguev, y el 20 de noviembre de 2006 en la Federación Económica de Tucumán, bajo los auspicios de la DAIA Filial Tucumán.

¿Hacia un nuevo Medioevo? El neomodernismo frente al choque mundial actual

Por Carlos Escudé

Más allá de precisiones y puntualizaciones que presentaré en este trabajo, lo que el mundo tiene entre manos se asemeja mucho a lo que Huntington profetizó en 1993 a través de la revista *Foreign Affairs*, mientras su discípulo Fukuyama profetizaba casi lo opuesto, el “fin de la historia”, y otros muchos hablaban de la muerte de las ideologías. Los discípulos se equivocaron cuando el maestro acertó en lo esencial. Huntington pronosticó choques culturales colosales ocho años antes de los atentados del 11 de septiembre y en términos generales tuvo razón. Esto es algo que muchos no quieren reconocer, tal vez porque se trata de un diagnóstico muy sombrío.

En mi experiencia personal, donde mayores resistencias existen al diagnóstico es en Israel. Quizás esto se debe a que reconocer que el conflicto árabe-israelí no es más que una pieza de una Yihad global que manipula la cuestión palestina para justificar otras acciones, es decir, reconocer que la disputa territorial entre israelíes y palestinos es parte de un conflicto mayor y no se puede resolver en sus propios términos, equivale a reconocer que el futuro de Israel no está en manos de los israelíes. Nadie se sentiría cómodo reconociendo semejante impotencia, y en mi opinión la resistencia de los israelíes al concepto de choque de civilizaciones está relacionado con estos temores. Además, hay quienes creen que, aunque el diagnóstico de Huntington sea correcto, no hay que proclamarlo porque puede terminar siendo una profecía que se autocumple. No sé si eso será cierto; lo que sé es que, en mi caso por lo menos, mi compromiso con el valor verdad es demasiado grande como para deshonestamente alterar mi diagnóstico debido a una consideración de orden táctico. Un intelectual es un intelectual. No le pidamos otra cosa.

Por otra parte, no se trata tampoco de que yo crea que el diagnóstico de Huntington se verifique en los términos exactos en que él lo presentó en su artículo de 1993 y en su libro de 1996. **En este trabajo voy a desarrollar un planteo más bien abstracto que conceptúa al conflicto actual no tanto en términos de un choque de civilizaciones propiamente dicho, sino de una colisión de cosmovisiones.** La diferencia es de matiz pero tiene su importancia.

Como veremos, el choque, el gran choque, se produce entre concepciones opuestas acerca de lo que *debe ser* la relación entre el individuo, el Estado y el ámbito de lo cultural y lo religioso. Se trata de un choque colosal de cosmovisiones que se produce en dos niveles diferentes: al interior de Occidente, y entre el Occidente liberal y secular y el extremismo islámico.

Una introducción al neomodernismo

Para comprender de qué hablo deberemos comenzar por un conflicto subterráneo que se produce al interior de Occidente.² Observen ustedes que la mayor parte de los occidentales instruidos cree a pie juntillas que así como todos los individuos poseemos los mismos derechos humanos esenciales, todas las culturas o civilizaciones son igualmente respetables y han de considerarse moralmente equivalentes.

Sin embargo, basta con detenernos un instante en este lugar común de gente culta para comprender que si todos estamos dotados de esos mismos derechos, entonces todas las culturas no son moralmente equivalentes, porque aquellas que reconocen que todos poseemos los mismos derechos son éticamente superiores a aquellas que no lo reconocen. Si por el contrario, todas las culturas son moralmente equivalentes, entonces todos los individuos no estamos dotados de los mismos derechos humanos, porque algunas culturas adjudican a algunos hombres más derechos que a otros hombres y mujeres. En suma, estas dos afirmaciones, de aquí en más las Proposiciones A y B, no pueden ser válidas simultáneamente.

Díadas de enunciados como estos sintetizan una cosmovisión y su conflicto con una concepción opuesta. El par de proposiciones que antecede encapsula la tensión lógica entre dos grandes axiomas, ambos de origen occidental, acerca de cuál es el sujeto de derecho que debe prevalecer como razón-de-ser del orden político: el individuo o la cultura. El primer enunciado es universalista, individualista y liberal, mientras el segundo es relativista. El primero tiene su origen en la Ilustración y es característico de la modernidad. El segundo representa cabalmente al espíritu postmoderno del llamado multiculturalismo, que postula la equivalencia moral entre todas las culturas, aunque sus contenidos axiomáticos a veces se traduzcan en la lapidación de mujeres acusadas de adulterio.

Existen escasas alternativas lógicas a estas dos posturas. No suman más de siete y todas están potencialmente en conflicto entre sí. El universalismo puede ser individualista y liberal, como en el caso de nuestra primera proposición, o colectivista e historicista. En el mundo real, el principal exponente de un universalismo historicista fue el marxismo, que perdió la mayor parte de su relevancia política con el colapso de la URSS. A diferencia de la Proposición A, que encumbra la libertad como derecho cívico supremo, esta doctrina otorga prioridad a la dialéctica que presuntamente permitirá alcanzar su utopía igualitaria, sacrificando en el camino la libertad y otros derechos individuales.

Esta díada de conflicto ideológico fue aproximadamente la siguiente:

“Si la dialéctica histórica conduce a una lucha de clases que inexorablemente desemboca en la sociedad sin clases (que no es sino el objetivo humanista

² Comencé a acuñar estos conceptos con mi artículo “Natural Law at War”, publicado el 21 de mayo de 2002 en *The Times Literary Supplement* (TLS, Londres), p. 27. Por neomodernismo entiendo una postura filosófica reivindicatoria de los principios de la modernidad y en oposición del postmodernismo y el multiculturalismo.

supremo), entonces los derechos individuales, que frecuentemente sirven de arma al embate reaccionario de la burguesía, deben subordinarse a los intereses del proletariado y el Estado que los encarna, en su brega por alcanzar el Punto Omega de la justicia distributiva (Proposición H). Si por el contrario, todos los hombres y mujeres poseen los mismos derechos esenciales, entonces un orden totalitario que pretenda anular estos derechos debe ser combatido, aunque se escude en fantásticas leyes historicistas que supuestamente conducen a un paraíso social de la mano de la Revolución (Proposición A)”.

Esta diada de conflicto entre dos universalismos opuestos fue la fuente de la Guerra Fría. Aunque ya no es un motor de la historia, recordar que el mundo estuvo a punto de caer en una guerra nuclear apocalíptica para resolver la tensión entre un universalismo liberal y otro historicista nos ayuda a comprender la importancia descomunal de estas diadas, cuando se contraponen en la primera línea de la competencia por el poder mundial.

Complementariamente a estas concepciones universalistas pero opuestas entre sí, existe también un conjunto de cuatro concepciones jerárquicas y particularistas o supremacistas. Están basadas en la supuesta superioridad de un segmento del género humano sobre todos los demás. Diversas cualidades han sido utilizadas para justificar primacías particulares:

- La pertenencia a una raza o pueblo ‘superior’,
- Una fe revelada,
- La portación de un sexo, y
- La adscripción a un estamento social.

De estos cuatro principios particularistas, sólo uno compite por la supremacía en la actualidad. El racismo y el elitismo han sido eliminados como opciones ideológicas falsas por la historia de los últimos dos siglos, mientras que el sexismo sólo sobrevive como opción válida para algunas culturas en conjunción con las aspiraciones hegemónicas de un fundamentalismo religioso, el islámico.

Todas las doctrinas derivadas de postulados particularistas son absolutistas. En términos lógicos están opuestas tanto a la concepción relativista de la Proposición B como a las dos doctrinas universalistas que compitieron por el poder mundial durante la Guerra Fría. Como ya se sugirió, la dimensión ideológica de toda la historia del conflicto humano puede reducirse a estas siete grandes proposiciones trascendentes, que se derivan de tres grandes principios generativos: universalista, supremacista y relativista.

Por otra parte, cuando las partes comprometidas en un conflicto por el poder mundial conforman una diada en que se enfrenta un axioma supremacista con otro universalista, nos encontramos frente a una conflagración potencial de dimensiones devastadoras. La Segunda Guerra Mundial fue el resultado de la siguiente diada:

“Si existe una raza de señores o pueblo elegido, entonces todos los individuos no poseen los mismos derechos esenciales, porque los miembros de la raza superior deberán señorear sobre la humanidad entera en virtud de su adscripción étnica. Si

por el contrario, todos los individuos poseen los mismos derechos esenciales, no existe tal cosa como un pueblo elegido, porque el señorío de cada individuo dependerá de su capacidad, patrimonio y logros personales.”

Fue necesario sacrificar aproximadamente unos sesenta millones de vidas humanas para zanjar la disputa entre este enunciado particularista y su contraparte universalista, eliminando así la perversa utopía del rubio Edén con que el nazismo había sobornado a los fieles de Wotan.

El actual ‘choque de civilizaciones’ entre el extremismo islámico y el Occidente liberal y secular deriva de una díada de características similares a la que engendró aquella guerra contra el nazismo. El conflicto ideológico actual entre nuestro universalismo y el particularismo del fundamentalismo islámico puede representarse en la siguiente contraposición de axiomas:

“Si el Corán es la única Escritura revelada y el medio al que acudió Dios para legislar sobre los asuntos humanos, entonces Alá debe gobernar sobre los hombres, los fieles señorear sobre los infieles y los varones regir sobre las mujeres. Todo orden alternativo subvierte el mandato divino y debe ser oportunamente derrocado. Si, por el contrario, todos los individuos están dotados de unos mismos derechos esenciales que incluyen la libertad religiosa, la libertad de expresión y la igualdad ante la ley, entonces toda doctrina que apele a métodos violentos para imponer el predominio de una fuente religiosa y una jerarquía teocrática, es intrínsecamente perversa y debe ser reprimida.”

Por supuesto que el primer enunciado (en adelante, Proposición C) es atribuible sólo al extremismo islámico. Pero es éste el que en estos tiempos tiene la iniciativa. De ese segmento proviene no sólo el terrorismo de suicidas místicos asesinos, sino también fenómenos como las quemas de embajadas a raíz de las caricaturas de Mahoma en periódicos occidentales.

Aunque en el pasado el cristianismo aportó sus propias versiones de la Proposición C, éstas han perdido vigencia desde los tiempos de las guerras religiosas entre católicos y protestantes. Pero lamentablemente, el fundamentalismo tiene plena actualidad en poderosos segmentos del islam chiíta y wahhabita, que cuentan con incalculables fortunas provenientes del petróleo iraní y saudí para financiar el terrorismo del Hamas en Israel, el embate violento del Hezbollah en el Líbano y las madrasas que adoctrinan a la población musulmana de Europa. Por este motivo, es improbable que esta díada de conflicto ideológico se resuelva con menos muerte y destrucción que la que fue necesaria para disolver la díada que engendró la Segunda Guerra Mundial. Sólo puede prevalecer la paz si Occidente abdica de sus valores, cediendo a las crecientes pretensiones del extremismo islámico.

Por cierto, el trance actual es extremadamente grave por tres motivos. En primer lugar, este tipo de conflicto ideológico trascendente es mucho más mortífero que el que puede emanar de la simple ansia de dominio económico o militar de un Estado sobre otro,

porque responde a un ámbito no negociable. La lucha entre el particularismo nazi y el universalismo liberal occidental (por entonces tácticamente aliado al universalismo historicista soviético) no podía admitir una rendición condicional. Lo mismo ocurre ahora, en nuestro conflicto con la Proposición C.

Otro factor que agrava las consecuencias potenciales del choque actual es la vigencia de un conflicto ideológico complementario, en este caso al interior de Occidente: el que emerge de la contraposición entre el relativismo y el universalismo liberal con que comenzamos esta exposición. Paradójicamente, tal como están planteadas las cosas, los cultores de la relativista Proposición B son aliados tácticos del extremismo islámico, a pesar de que estratégicamente son enemigos de todos los axiomas particularistas.

Obsérvese que nada hay tan radicalmente igualitario como la Proposición B, que a fuer de relativista a todo lo iguala. Y nada hay más absolutista que la Proposición C, que pretende imponerle al mundo un orden teocrático. Sin embargo, en la actualidad se plasma una alianza implícita entre el multiculturalismo occidental (que iguala moralmente a las culturas) y el fundamentalismo islámico (que exige implantar su mandato presuntamente divino).

Quizás la razón de esta solidaridad antinatural sea que en Europa y los Estados Unidos los relativistas y multiculturalistas todavía perciben al universalismo liberal como un enemigo ideológico más formidable que el extremismo musulmán. Además, para la imaginería popular occidental los islamistas resultan simpáticos porque asoman como un nuevo David, que épicamente se enfrenta al Imperio. Pero cualquiera sea la causa, lo cierto es que la capacidad de respuesta de los defensores de la Proposición A frente al embate terrorista de los adalides de la C está muy limitada debido a la división de Occidente en dos trincheras diferentes y opuestas: las proposiciones A y B.

Finalmente, esta configuración se presenta en una era de proliferación de armas de destrucción masiva. A diferencia de la Segunda Guerra Mundial, en que el enfrentamiento entre universalismo y particularismo se desencadenó antes de la invención de la bomba atómica, la gran guerra global que ya está con nosotros encuentra a la humanidad en posesión de arsenales capaces de arrasarse varias veces con toda la vida humana. Forzosamente, una guerra abierta entre las Proposiciones A y C conlleva el fin de la vida humana en la Tierra.

Porqué el islam es más propenso a la Proposición C

Para comprender porqué de todas las religiones abrahámicas, el islam es la más propensa al fundamentalismo de la Proposición C, debemos reflexionar sobre algunas diferencias centrales entre ésta y el judeocristianismo. Se trata de diferencias que giran en torno de las relaciones entre el ámbito de lo religioso y el de lo político. En primer lugar, y a diferencia tanto del cristianismo como del islam, en los últimos dos mil años el judaísmo no estuvo en la cima del poder político en ninguna parte, excepto en Israel desde 1948.

Seguramente algunas de las características más amables del judaísmo emergen de esta separación radical del ámbito de lo político.

Pero aún en el caso del cristianismo, que como el islam ha tenido acceso al poder político, desde el principio hubo una suerte de separación *conceptual* entre Estado e Iglesia. Como nos recuerda Bernard Lewis, el fundador del cristianismo proclamó “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. El cristianismo fue durante más de tres siglos la religión de los sumergidos, hasta que un emperador romano se convirtió al cristianismo y abrió las puertas para la conquista espiritual del Imperio por parte de la nueva fe.

En cambio, “el fundador del islam fue su propio Constantino,” conquistando su Estado y su imperio. Nunca existió en el islam la dicotomía entre reino y sacerdocio. En la Roma pagana, César era Dios. Para los cristianos había una elección entre Dios y César. Para los islámicos, en cambio, esa disyuntiva no existía. Entre los islámicos la verdad religiosa y el poder político están asociados indisolublemente. Por eso el Ayatola Khomeini afirmó que “el islam es política o no es nada”, cosa que mal podría decirse del judeocristianismo, que es un fenómeno más específicamente religioso. Desde tiempos del profeta, el islam tuvo un carácter dual: fue un Estado y una comunidad religiosa al mismo tiempo, fundado por un profeta. En cambio, Cristo murió crucificado y Moisés no entró a la Tierra Prometida. Mahoma, por el contrario, triunfó durante su vida y se convirtió en conquistador.³

Cuando Europa Occidental, que tenía su Estado y religión, fue conquistada por los bárbaros paganos de origen germánico, los invasores reconocieron a ambos. Usaron algunas de las instituciones del Estado y se convirtieron a su religión. En cambio, los musulmanes que conquistaron el Medio Oriente y el norte de África llevando su propia fe, con sus propias escrituras y su propio lenguaje; crearon un Estado nuevo, con leyes nuevas, una lengua imperial nueva y una estructura de gobierno imperial encabezada por un califa. Es decir que desde el principio, la relación entre religión y Estado ha sido muy diferente en el caso del islam que en el caso de cualquier denominación judeocristiana, incluyendo la más intrusiva de todas en el ámbito político, la Iglesia Católica. La misma noción de que algo pueda estar separado o pueda ser separable de la autoridad religiosa es inconcebible en el islam. Los conceptos del mundo occidental de ‘laico’, ‘temporal’ o ‘secular’ son ajenos a su pensamiento.⁴

Es por estos motivos que la Proposición C, con la que nos enfrentamos ahora, surge con mucha más naturalidad en la civilización islámica que en la judeocristiana, y es por motivos paralelos que la Proposición A que caracteriza a Occidente, emerge con mucha mayor facilidad en un contexto histórico donde desde la Antigüedad se ha supuesto que el César y Dios representen esferas diferentes que no tienen porqué interferirse mutuamente.

Existe una asimetría entre las pretensiones del islam y las del judeocristianismo. Sin necesidad de llegar al fundamentalismo o extremismo, el islam es por naturaleza más

³ Véase Bernard Lewis, *The Crisis of Islam: Holy War and Unholy Terror*, Nueva York: The Modern Library 2003.

⁴ Ibidem.

totalizador. Esto explica asimetrías visibles entre el islam y el judeocristianismo en la actualidad. El islam exige que lo que es sagrado para su fe sea inmune a la crítica (y a la caricatura) en Occidente. Pero lo que es sagrado para el judeocristianismo no goza de una inmunidad paralela en el islam. Muchos países occidentales extienden dicha inmunidad al islam (limitando la libertad de expresión), pero no hay reciprocidad, porque ELLOS son los dueños de la verdad. Por eso, mientras los islámicos exigen poder exhibir símbolos islámicos en colegios franceses, en Arabia Saudita NADIE puede ostentar un cruz o estrella de David en un lugar visible de su persona. Debe estar oculta.

Por otra parte, y como ya he dicho, el islam fue desde el principio imperial. No es que eventualmente se convirtiera en la religión de un imperio, como en el caso del cristianismo. Fue en si mismo una religión imperial, indisolublemente ligada a un imperio conquistado místicamente por las huestes de su profeta y los califas sucesores.

La gestación del conflicto histórico entre las civilizaciones occidental e islámica

Cuando ese imperio se perdió porque a la civilización árabe le llegó su ocaso, emergió un imperio sustituto, el otomano, que cumplió con la misma función. Por lo tanto, desde el punto de vista de la autoestima de los islámicos, las cosas siguieron más o menos igual, por lo menos desde la perspectiva del largo plazo. El sultán otomano era simultáneamente el califa del islam, reemplazando de ese modo a los grandes califas de tiempos del califato, sucesores del Profeta.

El islam comenzó a sufrir su gran crisis cuando finalmente perdió a su califa, con el desmantelamiento del Imperio Otomano, resultado de la Primera Guerra Mundial. En un fatídico marzo de 1924, los turcos declararon la abolición del califato. Este fue el golpe más duro de toda la historia para la autoestima musulmana y un hito en el proceso por el que se generó la colisión de cosmovisiones que padecemos hoy.

Pero antes de ello, hacia el siglo XVIII, los islámicos ya vislumbraban su decadencia y el ascenso occidental. Cuando los grandes imperios occidentales, donde no se ponía el sol, quedaron consolidados, en el islam surgió un movimiento místico que habría de tener profundas proyecciones futuras.

Me refiero al wahhabismo, que surgió en el centro de Arabia en el siglo XVIII, inspirado en las enseñanzas de Al Wahhab, un teólogo que vivió entre 1703 y 1792 en la región Najd de Arabia, una meseta desértica gobernada por jeques locales de la casa da Saúd. Al Wahhab lanzó una campaña de purificación y renovación del islam, que fue adoptada por la Casa de Saúd. Conquistaron importantes territorios de Arabia en tiempos de hegemonía otomana en esa parte del mundo. Aunque el wahhabismo fue una reacción al ascenso del poder de los imperios cristianos de Occidente, su principal enemigo eran los musulmanes que se dejaban seducir por el poder occidental. Fue un brote fundamentalista que pudo competir con el espíritu de la Inquisición en el catolicismo, en tanto el wahhabismo introdujo en el islam la práctica de quemar libros y ejecutar a los responsables de su existencia y difusión. También masacraron a todos los islámicos que no coincidían con su doctrina. Con fervor yihadista, hacia 1804-006 las fuerzas sauditas ocuparon las ciudades sagradas de Meca y Medina y las “purificaron”, pasando por la

cimitarra a los “impuros”. Este fue una afrenta para el sultán otomano, a quien los sauditas habían acusado de corromper al islam. Por ello, con ayuda del pasha de Egipto, los otomanos recuperaron Meca y Medina. En 1818 los turcos capturaron al emir saudita, lo enviaron a Estambul y lo decapitaron. Por un tiempo, el Estado saudí dejó de existir, pero la doctrina wahhabita siguió viva en Arabia.

Hacia 1823, otro miembro de la Casa de Saúd logró reconstituir el pequeño principado, con capital en Riyadh. El fervor wahhabita también resultó útil para esta causa de renacimiento político saudita. El principado coexistía con otros pequeños Estados en Arabia. Todavía no le había llegado la hora de una expansión exitosa.

Hacia principios del siglo XX el jeque Ibn Saúd maniobró aprovechando los conflictos entre otomanos y británicos (cuyo dominio comenzaba a extenderse en el oriente de la península).⁵ Y en cuanto terminó la Primera Guerra Mundial, desaparecido el poder otomano, se lanzó contra su rival Ibn Rashid, jeque del Norte del Najd. Lo derrotó, anexó sus dominios y asumió el título de Sultán del Najd. A partir de entonces ambicionó controlar otro reino, el Hijaz, donde se encuentran las ciudades sagradas de Meca y Medina y el puerto de Jeddá. Por más de un milenio estas habían sido tierras de la familia Hashemita, descendientes del Profeta.

Ibn Saúd consideró que la alianza entre británicos y Hashemitas era una amenaza para su principado, porque éstos habían sido hechos reyes de Jordania y de Irak. Para colmo, el rey Hussein del Hijaz se había proclamado califa. Además, no aceptaba peregrinos wahhabitas en las ciudades sagradas. En 1925 Ibn Saúd se lanzó a la conquista del Hijaz. Hacia fines de ese año ya había conquistado Meca y Medina. Dos semanas más tarde el rey Alí, que había sucedido a su padre Hussein, informó al cónsul británico de Jeddá que se retiraba del Hijaz con sus efectos personales. Esto se interpretó como una abdicación y los saudíes entraron en Jeddá. El 8 de enero de 1926, Ibn Saúd se proclamó Rey del Hijaz y Sultán del Najd y sus Dependencias.

El nuevo régimen fue reconocido rápidamente por las potencias europeas. Los musulmanes tardaron más tiempo, pero a pesar de algunas tentativas de poner las ciudades sagradas bajo una comisión pan-islámica, hacia 1936 la anexión de Hijaz ya estaba reconocida por todos. Mientras tanto, en septiembre de 1932 Ibn Saúd proclamó la creación de un nuevo Estado unitario, el Reino de Arabia Saudita. De este modo se concretó el dominio de las ciudades sagradas del islam por parte de la rama más radicalizada del culto, otorgándole al fundamentalismo islámico un inmenso prestigio.

Pero todavía eran pobres. No se había descubierto petróleo en la Península Arábiga. En la explotación del petróleo del Medio Oriente, las empresas petroleras norteamericanas eran socias menores de las británicas, francesas y holandesas. Comenzaron a mostrar interés hacia 1920, por temor al agotamiento del petróleo de su propio país, pero los europeos no estaban ansiosos de compartir las riquezas iraquíes e iraníes con los estadounidenses.

Standard Oil fue la primera empresa norteamericana en entrar en Arabia. En un principio el rey no quiso aceptar su ingreso, pero con la depresión de 1930, Ibn Saúd cambió de

⁵ Ibn Saúd nació hacia 1880 y gobernó entre 1902 y 1953.

opinión. En 1933 llegaron a un acuerdo. Y aunque el incipiente proceso de producción de petróleo saudita fue interrumpido con la Segunda Guerra Mundial, pero después creció exponencialmente. Las exportaciones, en millones de barriles, crecieron así:

- 1945 – 21 millones de barriles
- 1955 – 357 millones
- 1965 – 805 millones
- 1975 – 2583 millones⁶

Fue a través de esta largo y azaroso proceso que un Estado cuya doctrina oficial y obligatoria era la más radical de todas se convirtió en el más influyente de todo el islam. Además, los maestros de wahhabismo pasaron a tener a su disposición cuantiosos recursos para difundir su versión del islam. Como consecuencia, en muchos países no islámicos, el islam pasó a enseñarse según su versión wahhabita.

Pero la bomba humana todavía no había sido armada porque Europa todavía no había sido invadida por huestes de inmigrantes musulmanes. Esta hazaña fue consumada por los mismos europeos, que se dejaron seducir por la tentación de importar mano de obra barata hacia los años '60. En 1982 el porcentaje de población musulmana de la Europa de los 15 era todavía sólo del 1,9%. En 2003 ese guarismo había saltado al 4%.

Las cifras en 2006 eran las siguientes:

- Francia: casi 6 de sus 63 millones de habitantes (10%)
- Holanda: casi 1 de sus 16 millones (4,8%)
- Alemania: 3 de sus 82 millones (3,6%)
- Reino Unido: 1,6 de sus 58 millones (2,8%)
- España: 1 de sus 43 millones (2,3%)
- Suecia: 300.000 de sus 9 millones (3%)
- Suiza: 311.000 de sus 7,4 millones (4,2%)

A esto se agrega que ya cerca del 50% de estos musulmanes nacieron en Europa. Su tasa de crecimiento vegetativo es tres veces superior a la de los no-musulmanes. Su población es mucho más joven que la no-musulmana. Ellos comienzan a tener hijos a edad mucho más temprana: una generación se mide en 16 años, contra el doble para la población no-musulmana. Para 2015, la población musulmana europea se habrá duplicado otra vez, mientras la población no musulmana habrá disminuido en 3,5%.

Según las proyecciones menos pesimistas, en 2050 los musulmanes representarán el 20% de la población de Europa occidental. Otros cálculos han llegado a proyectar una mayoría musulmana en Francia en 2050.

En el contexto de un extremismo islámico que tiene la iniciativa y que es permanentemente protegido y encubierto por los sectores más moderados del islam, que están más cerca de sus primos fundamentalistas que de nosotros, no es una exageración

⁶ Cifras extraídas de B. Lewis, ob. cit.

decir que en Europa se ha activado una bomba humana y que su caída bajo la sujeción medievalista de los extorsionadores es sólo cuestión de tiempo.

Si este no es una feroz colisión de cosmovisiones, muy similar al choque de civilizaciones pronosticado por Huntington, yo no sé que es. Hay mucha gente que hace esfuerzos enormes para negarlo, pero no es más que la negación del avestruz que frente a las dificultades, pone la cabeza en un hoyo para no ver. Y obsérvese que he contado la historia de cómo se gestó esta colisión, saltando adrede el episodio menor de la creación del Estado de Israel.

La alternativa de la abdicación

Por otra parte, la alternativa a esta guerra que se nos impone es la abdicación: vivir gozosa pero resignadamente la etapa terminal de la Civilización Occidental, a sabiendas de que el fanatismo ha triunfado porque, a diferencia de nosotros, sus adeptos están dispuestos a matar y morir. Esta parece ser la opción de la mayor parte de los europeos bienpensantes.

Ciertamente, si hemos de abstenernos de usar la violencia masiva que está a nuestro alcance y que nuestro adversario no trepidaría en aplicar contra nosotros, la Europa de nuestros nietos será musulmana, Israel morirá, y las restantes regiones del mundo vivirán una creciente disminución de sus libertades, siempre retrocediendo ante el vasallaje impuesto por quienes creen ser los representantes de Dios en la Tierra.

Creo que en estas circunstancias extremas no debe descartarse la abdicación como mal menor. El mismo Bertrand Russell, que abogó por la guerra preventiva contra la URSS mientras EE.UU. tuvo el monopolio atómico, acuñó el slogan “*better Red than dead*” cuando Rusia hubo obtenido su Bomba, sugiriendo que la abdicación era preferible a la guerra. Por razones análogas, no estoy seguro de que un nuevo Medioevo no sea mejor que una guerra que arriesgue el Apocalipsis.

Pero debemos estar conscientes de los costos de la abdicación. Ya todos sabemos que la publicación de una caricatura del Profeta se traduce en el incendio de una embajada. En tiempos de mayor vigor de nuestra civilización y menos compasión humanitaria, la retaliación occidental hubiera sido proporcional y fulminante: la destrucción de las mezquitas de Meca y Medina, por ejemplo. Y si a ese castigo ejemplar le hubiera seguido una rebelión masiva de musulmanes en Europa, se los hubiera guardado en campos de concentración, como hizo Estados Unidos con los japoneses en la Segunda Guerra Mundial. Pero no en estos tiempos. Después del asesinato del cineasta Theo van Gogh, emigran de Holanda los artistas que aspiran a la libre expresión. Y desde que publicó sus “Versos Satánicos”, Salman Rushdie vive rodeado de guardaespaldas para protegerse de la *fatwa* que amenaza su vida. Si abdicamos, nos sumirán en su oscurantismo. Será la muerte de nuestras libertades.

Mientras tanto, los ayatollahs se jactan de poseer un ejército de 40.000 suicidas místicos asesinos infiltrados y dispersos en Europa y los EE.UU. Cuando tengan su Bomba, la

extorsión será nuclear. No hay forma ‘civilizada’ de derrotar a ejércitos de suicidas que creen que el martirio les comprará el paraíso. La única metodología posible es humanamente aberrante. Ellos serían capaces de usarla, pero no nosotros, por lo menos por ahora. Es por eso que nos encaminamos a la abdicación por omisión, en piloto automático. Y aunque no conquisten Nueva York, las libertades occidentales se irán esfumando, una tras otra, siempre retrocediendo ante el vasallaje impuesto por quienes creen ser los heraldos de la verdad divina. Los cultores de la Proposición C son implacables, tanto como lo fue el cristianismo occidental en tiempos de las Cruzadas. Pero que nadie lo dude: será el triunfo de la barbarie, posibilitado por la sensibilidad humanitaria de un Occidente que fue superior en todos los planos, ético y espiritual, científico y material.

Son ellos quienes tienen la iniciativa. El objetivo declarado del régimen iraní es la destrucción de Israel. Una vez que tengan su Bomba lo conseguirán, porque cuando eso ocurra, probablemente Occidente abandone a Israel. Por ahora Estados Unidos es su aliado. Pero cuando se perciba en ese país que, dada la paridad nuclear entre Israel e Irán, agravada por el creciente poder y fanatismo del extremismo islámico, puede desatarse una guerra apocalíptica entre estas dos potencias del Medio Oriente, lo más probable es que los norteamericanos lleguen a la conclusión de que la misma existencia del Estado de Israel implica aumentar el riesgo global de una manera innecesaria. Por más que muchos razonen de que el objetivo último del extremismo islámico es la destrucción de Occidente y no simplemente de Israel, el facilismo los tentará a experimentar, para ver si la eliminación de un factor irritativo no acaba con el problema. Tengo la impresión de que en Europa las mayorías ya son de esta opinión.

La alianza entre Estados Unidos e Israel

La cuestión de la alianza entre Estados Unidos e Israel amerita una atención especial. Como ha argüido recientemente Martin Kramer, es erróneo el mito popular que supone que el apoyo norteamericano hacia Israel fue producto de complejos de culpa por el Holocausto. Entre 1948 y 1967 no hubo alianza. Los estadounidenses la reconocieron en 1948 pero la ayudaron muy poco, para no enajenar a los Estados árabes ni a los jeques petroleros, en consonancia con los intereses de sus empresas petroleras. Los norteamericanos les negaron armas tanto a los Estados árabes como a Israel. Israel compró armas soviéticas. En 1956, en tiempos de la frustrada intervención anglo-británica en Suez, compró también armas del Reino Unido. Los Estados árabes radicalizados que creían poder destruir a Israel hicieron lo mismo: gravitaron hacia la Unión Soviética. Hubo guerra en 1948, 1956, 1967 y 1973. Hubo poca intervención norteamericana excepto cuando se desencadenaba una guerra, en cuyo caso intentaban detenerla.

La percepción norteamericana de Israel comenzó a cambiar en 1967 con la rápida victoria israelí, y se consolidó con la victoria de 1973, cuando logró revertir un ataque sorpresa de Egipto y Siria, aplastando a su enemigo. Sólo a partir de ese momento, EE.UU. comenzó a vislumbrar a Israel como aliado estratégico potencial para contener la penetración soviética en el Medio Oriente, ya que era capaz de derrotar por cuenta propia a aliados de

la URSS, desprestigiando a los soviéticos entre los propios árabes. Además, la guerra de 1973 fue la primera vez en que los flujos petroleros se vieron amenazados. Por este motivo, EE.UU. adquirió un interés en evitar tales guerras, pasando a arbitrar la paz en Medio Oriente de una manera activa.

Sólo a partir de entonces EE.UU. comenzó a apoyar a Israel, para generar la sensación entre los árabes de que había que negociar porque Israel era imbatible. Le dio enormes cantidades de armas y dinero. Gracias a eso, los egipcios abandonaron su alianza con la URSS. Y así ganó EE.UU. la Guerra Fría en el Medio Oriente. A partir de 1973 EE.UU. ayudó simultáneamente a Israel y a Egipto, que comprendió que el Estado judío no podía ser destruido y que EE.UU. lo apoyaba plenamente.⁷

Las consecuencias generales de este estado de cosas fue la interrupción de las guerras generalizadas entre los árabes e Israel. A partir de entonces, EE.UU. se convirtió en el árbitro del conflicto, y hasta las recientes políticas unilaterales de Israel, la devolución de territorios ocupados fue el producto de negociaciones lideradas por ese árbitro. Como señala Kramer, EE.UU. se convirtió en el beneficiario diplomático de la ocupación de territorios por parte de Israel, porque aunque Israel los ocupaba, la gestión norteamericana los devolvía, siempre que los árabes demostraran ser cooperativos.

En otras palabras, el apoyo norteamericano a Israel ha sido una consecuencia de la *fuerte* de Israel, que convirtió la intermediación en el conflicto en un buen negocio político. Las guerras siguieron teniendo lugar en el Golfo Pérsico porque allí EE.UU. no consiguió un aliado fuerte: tanto el sha de Persia en una primera instancia como Saddam Hussein en una segunda no funcionaron, por motivos diferentes.

Pero las cosas se complicaron a partir del florecimiento del islamismo, en la década de los '80. La colisión de cosmovisiones fue el producto de los procesos que describí anteriormente, *más* la convergencia entre la Revolución Islámica en Irán y la confluencia de militantes islamistas hacia Afganistán para luchar contra la ocupación soviética. Fue en Afganistán donde los militantes palestinos se convirtieron del nacionalismo marxismo pan-arabista al infinitamente más mortífero islamismo radical. Fue ese el punto de inflexión a partir del cual organizaciones como la OLP perdieron vigor, siendo eclipsadas por otras como el Hamas. A partir de entonces, el destino israelí dejó de estar en manos exclusivamente israelíes. Una paz limitada al viejo conflicto territorial ya no sería posible.

Las cosas se complicaron también porque, al no tener aliados fuertes en el Golfo, EE.UU. necesitó ser percibido como dispuesto a enviar grandes contingentes de tropas para evitar que Estados como Irak o Irán se apoderaran de las riquezas petroleras de Kuwait y Arabia Saudita, como casi ocurrió cuando Saddam anexó a Kuwait. Este es un ingrediente geopolítico muy importante, que agrava la colisión de cosmovisiones a raíz de la presencia norteamericana en la mismísima Península Arábiga, la tierra santa del islam. El ímpetu yihadista se entrecruza con las ambiciones petroleras de unos y de otros. Incluso

⁷ Véase Martin Kramer, "The American Interest", Revista *Azure: Ideas for the Jewish Nation*, Otoño 5767 / 2006, No. 26.

la política nuclear de Irán es en parte un ingrediente de su ambición de expulsar a los occidentales de la región, para así acaparar más petróleo. Sólo la presencia norteamericana (o eventualmente, si se retira de Irak, la amenaza de otra intervención) impide una expansión iraní y una guerra entre Irán, Siria y Turquía por los territorios y riquezas de los países árabes del Golfo.⁸ Pero esa presencia agrava el choque de *Weltanschauungs* debido a la reacción de yihadistas que creen defender la tierra santa de Alá.

Por cierto, para prevenir un desenlace que pondría el precio del petróleo bajo el arbitrio de un déspota, EE.UU. debe permanecer en esos territorios. Y esta necesidad funcional aceleró la radicalización del islam, primero de la mano de cabecillas como Osama bin Laden (en las postrimerías de la primera guerra del Golfo), y ahora a través de una red mucho más compleja de islamistas. Allí convergen militantes árabes que aspiran a recrear el califato de los tiempos de su grandeza, con una teocracia iraní cuyas aspiraciones geopolíticas son una amenaza para los mismos Estados árabes. Para todos ellos, Israel es solo un justificativo más, aunque útil. Harán todo lo posible porque no haya paz entre israelíes y palestinos. Considerando que son ellos y sus aliados quienes financian al Hamas y Hezbollah, una paz aislada entre Israel y los palestinos es imposible.

La alianza norteamericana con Israel, aunque sea un irritativo en términos del ascenso del islam radicalizado, seguirá siendo útil a EE.UU. mientras contribuya a la ausencia de guerra generalizada en el Cercano Oriente. Pero los acontecimientos recientes ponen eso en duda. Tanto el decepcionante desempeño de Israel en su guerra con el Hezbollah, como las muestras reiteradas de que es una nación que está perdiendo la mística que la inspirara en tiempos de su fundación y que incluso se está corrompiendo en forma creciente, nos llevan a pensar que de continuar estas tendencias Israel puede ser abandonada por los EE.UU., como parece haber ocurrido ya con muchos europeos. El pasado demuestra que los norteamericanos no son sus aliados incondicionales. Son sus aliados porque les ha convenido serlo. En el futuro, esa conveniencia puede disiparse.

El peligroso momento para Estados Unidos y el mundo

Por otra parte, los mismos Estados Unidos están en la defensiva por más de un motivo. El 7 de noviembre se realizaron elecciones legislativas en ese país. En ellas, la presidencia de George W. Bush perdió el control de ambas cámaras. De este modo, su política exterior corre el riesgo de paralizarse casi por completo, ya que los legisladores podrán negarle los fondos necesarios para cualquier iniciativa importante.

La situación es altamente comprometida no sólo debido a la reacción de la opinión pública contra los fracasos en Irak, sino también por los recientes escándalos que mancillan la imagen del Partido Republicano. La situación potencia el margen de maniobra, ya enorme, de que gozan los enemigos de los Estados Unidos, debido a que la

⁸ Aunque Irán y Siria sean aliados frente a cuestiones del Levante, no lo serían a la hora de crearse un vacío de poder en Irak. A su vez, Turquía se movilizaría no sólo por la cuestión kurda sino también por la perspectiva de que emerja una gran potencia regional que la amenace.

superpotencia no tiene los efectivos terrestres necesarios para llevar a cabo otra guerra en gran escala, con el grueso de sus fuerzas comprometidas en Irak y Afganistán. Por cierto, el ejército norteamericano actual es el producto de una reducción llevada a cabo durante los '90, cuando se creyó que ya no serían necesarias operaciones de gran magnitud en territorios remotos. La guerra de Irak fue pensada como una operación corta y la conquista militar se concretó incluso antes de lo esperado. Pero la insurrección masiva posterior no estuvo prevista por el Pentágono.

Las consecuencias de este error de cálculo se proyectan sobre el planeta entero, y muy especialmente sobre la escalada reciente de la apuesta nuclear norcoreana y su pariente cercano, el proyecto nuclear iraní, que en realidad nació en cuanto se concretó el desembarco norteamericano en Irak de 2003. Fue la consecuencia de un cálculo táctico muy bien ponderado por los ayatolas, que comprendieron que una guerra de Estados Unidos en Irak abría las puertas para su proyecto nuclear.

Por cierto, el intríngulis iraquí absorbe no solo al ejército y la infantería de marina de los Estados Unidos, sino también a la Guardia Nacional, que se emplea como comodín en el proceso de rotación de unidades del ejército y la infantería de marina. Actualmente, las grandes divisiones del ejército están afectadas a misiones de un año de duración. Luego son retiradas para permitir el reemplazo o descanso de efectivos y la integración de nuevos equipos. Por cada división activa hay una división en proceso de recuperación, que no se puede usar durante la mayor parte del año siguiente a su relevo.

Esta situación priva a Estados Unidos de opciones estratégicas. Si Estados Unidos se retirara de Irak para tener opciones en teatros como el norcoreano, el poder iraní crecería enormemente. La existencia de poderosos militantes pro-iraníes en Irak implica que los ayatollas poseen una importante quinta columna en ese país. Por ello, como ya dije, en caso de una retirada norteamericana Siria penetraría en Irak para contener a Irán, que de lo contrario multiplicaría su poder y se convertiría en una amenaza directa para el régimen de Damasco. Tamaño desenlace es inaceptable para Washington. Después de los comicios, Bush podría optar por un cambio parcial en su política, retirándose de las ciudades iraquíes y abandonando el gobierno local a su destino, pero en ningún caso podría dejar las fronteras de ese país sin una protección fuerte contra la penetración iraní o siria. Es por eso que el 11 de octubre de 2006 el jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos, Gral. Peter J. Schoomaker, declaró que el ejército norteamericano planea mantener el actual nivel de presencia en Irak hasta por lo menos el año 2010.

Por lo tanto, es imposible que Estados Unidos pueda movilizar fuerzas terrestres contra un país como Corea del Norte, ni antes ni después de las elecciones. Los norcoreanos lo saben y por eso lanzaron su desafío nuclear. Para colmo, gran parte de las fuerzas convencionales norteamericanas antes estacionadas en Corea del Sur fueron trasladadas a Irak.

Más aún, Corea del Norte apunta 10.000 piezas de artillería hacia Seúl, la capital surcoreana, cuya área metropolitana tiene cerca de 20 millones de habitantes. Esta artillería ha venido fortificándose a lo largo de varias décadas y es casi inexpugnable sin

el uso de armas nucleares tácticas. Pero el uso de estas armas contra dicha artillería está fuera de cuestión porque la radiación pondría en peligro a Seúl, que está ubicada en el norte de Corea del Sur, demasiado cerca de la frontera. Para colmo, el corazón industrial de Corea del Sur está cerca de Seúl, al alcance de la artillería fortificada norcoreana.

Además, Corea del Norte tiene unos 100 misiles Nodong que pueden penetrar profundamente en Corea del Sur, llegando hasta los bastiones militares norteamericanos, que se han alejado del alcance de la artillería pero no de los misiles. Estos misiles también pueden alcanzar al Japón. No son confiables, pero algunas docenas de misiles darían en el blanco. Por esa razón, tampoco es prudente atacar con misiles Cruise desde grupos de batalla navales encabezados por portaviones como el USS Kitty Hawk, que se encuentra estacionado en Japón. Todo ataque de este tipo generaría una retaliación masiva contra Seúl y más allá, devastando la economía surcoreana, en un contexto en el que Estados Unidos no puede lanzar un ataque convencional masivo.⁹

En estas circunstancias, la superpotencia está neutralizada y es como si no existiera. Como sabe cualquier niño, todo es posible en el bosque mientras el lobo no está. Y en gran medida, el lobo no está porque, desde 1945, el nuestro es un lobo tímido que libra guerras terribles con armas convencionales, pero sistemáticamente se abstiene de usar sus armas más poderosas, ni siquiera por cuentagotas.

El pensamiento sobre la guerra preventiva en perspectiva histórica

Esta reflexión me lleva al último tema que voy a tratar esta noche. Obsérvese que la singularidad de esta etapa de la historia del mundo consiste en que, por primera vez en toda la historia humana registrada y desde Hiroshima, las grandes potencias se han abstenido de usar sus armas de máximo poder destructivo para librar sus guerras. Esto ha equiparado el poder militar de Estados muy poderosos con el de otros menos poderosos. Nunca antes en la historia humana se dio este fenómeno. En la Segunda Guerra Mundial, y antes en la Primera, y antes aún en las guerras napoleónicas..., siempre, las grandes potencias pusieron sobre la mesa TODO su poder destructivo. Pero a partir de Hiroshima, Occidente (y Rusia también) se civilizaron y humanizaron en lo que fue una verdadera proeza moral.

El problema reside en el hecho de que el extremismo islámico no compartió con Occidente este progreso moral y se aprovecha de la actitud humanitaria de potencias nucleares que se comportan como si no lo fueran, para librar sus “guerras santas” contra Israel y contra Occidente todo.

En el largo plazo, Occidente e Israel estarán perdidos si persisten en esta conducta moralmente superior. Para sobrevivir habrá que acudir a la inclemencia que usa el enemigo. Si se optara por esa inclemencia la victoria sería inmediata debido a la diferencia abismal de poder. Pero si continúa en vigencia el doble estándar por el cual el enemigo apela a cualquier medio de que disponga para atacar, pero Israel y Occidente se

⁹ Sólo queda entonces la posibilidad teórica de un ataque nuclear estratégico contra Pyongyang, que por motivos políticos por ahora debe descartarse.

abstienen de usar su poder máximo, entonces el enemigo eventualmente tendrá medios nucleares y vencerá.

Reconozco que a estas alturas yo ya no sé qué es mejor: pegar con fuerza, independientemente del costo humano, o abdicar, en el entendimiento de que antes que apelar a métodos genocidas, es preferible dejarse avasallar por el medievalismo que la Proposición C nos quiere imponer.

Objetivamente, creo que la guerra atómica preventiva y estratégica contra Irán (destruyendo a Teherán) es la única manera de neutralizar el peligro que acecha, porque:

- 1) A partir de la ocupación de Irak, Estados Unidos no posee los recursos convencionales militares necesarios para llevar a cabo otra ocupación en gran escala, y
- 2) Las instalaciones nucleares iraníes están muy dispersas y bajo tierra, de modo que ya no es posible hacer lo que Israel hizo con Irak en 1981.

Si fuera a apelarse al recurso de la guerra nuclear preventiva, sería necesario hacerlo antes de que la teocracia de los Ayatollahs acceda a su propia Bomba. Una vez que eso ocurra, esta solución deberá archivarse para siempre, de la misma manera en que cuando la URSS adquirió su Bomba en 1949, terminó la especulación acerca de una guerra preventiva contra los soviéticos.

Por cierto, desde el punto de vista de la proliferación de armas de destrucción masiva nos encontramos ante un punto de inflexión crucial. Hasta ahora los únicos países que las tienen son las cinco potencias nucleares oficialmente reconocidas como tales por el Tratado de No Proliferación (TNP), que coinciden con los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y tres Estados que jamás firmaron el Tratado de No Proliferación, India, Paquistán e Israel. Cuando se haya aceptado como *fait accompli* que Irán y Corea del Norte son potencias nucleares se habrá cruzado un umbral sin retorno, por dos motivos.

El primero es que una vez que un signatario no nuclear del TNP haya accedido a esta arma, todo quien aspire a imitarlo podrá hacerlo, lo que engendrará una cadena imparable. La bomba de Corea del Norte traerá la de Corea del Sur, ésta la de Japón, y así sucesivamente. En el Medio Oriente, Siria y Turquía imitarán a Irán, y llegando ya a nuestro continente, los nacionalistas brasileños adquirirían la munición ideológica que les falta para romper la desnuclearización alcanzada cuando firmaron el Tratado de No Proliferación. No olvidemos que ya en 2004, el presidente Lula se quejó del doble estándar que caracteriza al Tratado de No Proliferación, por el cual hay cinco Estados con derecho a tener armas nucleares, en pasajeras circunstancias en que el gobierno brasileño se negó a aceptar las inspecciones de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA) en la planta de enriquecimiento de uranio de Resende.

Por cierto, si Irán obtiene la bomba el impulso brasileño hacia la misma sería prácticamente irrefrenable, y en mi opinión lo único que impediría que la Argentina los

imitase es que la bomba argentina sería varias veces más cara que la iraní, debido a nuestra redentora corrupción, que desde hace décadas encarece nuestras obras públicas.

Pero siendo la Argentina un país que en 2004 pudo exportar un reactor nuclear a un país relativamente avanzado como Australia, ¿qué duda cabe de que abundarían las tentaciones de convertirnos en agentes proliferantes, ya sea accediendo al canto de sirena de países como Siria o a los más atractivos petrodólares de la Venezuela chavista? Chávez ya ha manifestado interés en adquirir tecnología nuclear argentina, y en tiempos de Menem fue Siria quien lo intentara. El riesgo de sanciones graves ha impedido hasta ahora estas operaciones posibles, pero si se le permite a Irán y a Corea del Norte convertirse en países nucleares, estas compuertas quedarán definitivamente derribadas. El mundo se nuclearizará, y con ello tendremos la certeza de que casi cualquiera podrá llevar a cabo extorsiones nucleares, escalando el potencial del flagelo terrorista hasta extremos dantescos.

El segundo motivo por el cual, si Irán adquiere la Bomba, habremos cruzado un umbral sin retorno, tiene que ver con las características de la teocracia persa, que es uno de los peores candidatos posibles para romper esa barrera porque se trata de un Estado que exporta terrorismo y que hoy mismo nos chantajea con sus ejércitos suicidas. No tenemos porqué suponer que esto va a cambiar cuando tenga su Bomba. El otro peor candidato posible es precisamente Corea del Norte, cuyo producto de exportación por antonomasia, al mejor postor y sin restricciones, son las armas.

La pregunta es entonces, ¿qué hacer? No tengo la respuesta, pero en estos tiempos sombríos no viene mal recordar la temprana historia de los esfuerzos contra la proliferación nuclear, ya que las ideas que entonces se barajaron se parecen mucho a las que estoy esbozando ahora. Por cierto, la perspectiva de que un régimen teocrático y fundamentalista que chantajea al mundo con su ejército de suicidas místicos asesinos y que proclama voz en cuello que debe destruirse al Estado de Israel, adquiriera armamento nuclear, nos remite a los debates inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando EE.UU. poseía el monopolio nuclear pero los individuos esclarecidos estaban más conscientes que hoy de la posibilidad de una guerra del fin del mundo si proliferaban esas armas. Las perspectivas actuales son mucho más graves que las de entonces, cuando el peligro era que los comunistas adquiriesen la Bomba. Como sabemos, a diferencia del terrorismo islamista, los comunistas no eran suicidas místicos asesinos. Eran solo comunistas.

No obstante, debido al horror producido por la conciencia del potencial devastador de la nueva tecnología, hacia 1946 se intentó poner en marcha el llamado Plan Baruch, que proponía que el uranio del mundo entero fuera administrado por las Naciones Unidas, que a estos efectos tendrían un poder de policía que trascendería el poder de veto de los cinco miembros permanentes del Consejo. Como EE.UU. tenía el monopolio nuclear, esto significaba cristalizar su condición de única potencia atómica. No sorprende que la Unión Soviética haya utilizado entonces su poder de veto para impedir la promulgación de un proyecto que hubiera usado a las Naciones Unidas para asegurar el monopolio norteamericano de la Bomba.

A partir de ese veto soviético, algunos pensadores y políticos occidentales de gran talla se esforzaron porque se adoptara una política de mantenimiento del monopolio atómico norteamericano a través de la amenaza de guerra preventiva. La propuesta era mucho más pesada que la que he esbozado aquí, ya que significaba librar una guerra nuclear preventiva contra la única otra superpotencia que había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética, algo ciertamente más arriesgado que lanzar la Bomba sobre un país como Irán o Corea del Norte.¹⁰

Voy a mencionar a tres hombres públicos occidentales, de distintos orígenes ideológicos, que abogaron por la guerra preventiva entre 1945 y 1949. Al citar sus textos quiero que ustedes realicen un ejercicio mental, y cada vez que se mencione a la 'URSS' ustedes reemplacen ese vocablo por 'Irán', para ver hasta dónde funciona la analogía. Similarmente, cada vez que aparezca la palabra 'comunistas', les pido que la traduzcan mentalmente por 'terrorismo islamista'.

El primero al que me voy a referir era James Burnham, un conocido politólogo conservador de la Universidad de Harvard que argüía:

“Si existen buenos motivos para creer que un golpe repentino y masivo salvaría muchas vidas y bienes, resultando en menos desintegración social, otorgándonos una mejor oportunidad para construir un sistema político mundial que funcione, entonces dar un golpe tal, en lugar de ser una cosa moralmente mala, sería moralmente obligatorio. Si es que ha de haber guerra en cualquier caso, es difícil comprender porqué es moralmente preferible una guerra [posterior] que será más difícil, larga, cruel, costosa y sangrienta”.¹¹

Más conocido entre nosotros entre quienes favorecieron la guerra preventiva para mantener el monopolio atómico de los EE.UU., y con el mérito adicional de no ser norteamericano, fue Winston Churchill. En un discurso ante la Cámara de los Comunes del 23 de enero de 1948, Churchill argumentaba así:

“Razonar o discutir con los comunistas [LOS ISLAMISTAS] es una pérdida de tiempo. Sin embargo, es posible tratarlos con realismo y justicia, y mi experiencia me dice que cumplirán con su palabra siempre que les convenga hacerlo. En lo que respecta a esta grave cuestión, les habrá de convenir cumplir durante mucho tiempo, una vez que se hayan resuelto las cosas. Cuando este Parlamento se reunió por primera vez, yo dije que la posesión de la bomba atómica daría tres o cuatro años de tiempo de respiro. Quizás un poco más. Pero más de dos de esos años ya han transcurrido. No puedo pensar que ninguna discusión sería que sea

¹⁰ Scott A. Silverstone , “Can Democracies Initiate Preventive War? America’s Confrontation with the Soviet Union and Iraq”, trabajo presentado en la Convención de la International Studies Association Annual Convention, 27 de febrero de 2003, Portland, Oregon.

¹¹ Russell D. Buhite and Wm. Christopher Hamel, “War for Peace: The Question of an American Preventive War Against the Soviet Union, 1945-1955,” *Diplomatic History* vol. 14, no. 3 (Summer 1990), 375.

necesario sostener con el gobierno soviético tenga más probabilidades de éxito si esperamos a que ellos también tengan la bomba.”¹²

De un tono similar fue su discurso ante la conferencia anual del Partido Conservador, que tuvo lugar en Gales en octubre de 1948:

“Se formula la pregunta: ¿qué sucederá cuando ellos tengan la bomba y hayan acumulado un gran arsenal? (...) Las naciones occidentales tendrán muchas más probabilidades de alcanzar un arreglo duradero, sin derramamiento de sangre, si formulan sus justas exigencias mientras ellas tienen poder atómico y antes de que los comunistas rusos también lo tengan”.¹³

Las “justas exigencias” a las que aludía Churchill eran por supuesto, la adhesión soviética al Plan Baruch, por el cual la URSS debería aceptar, sin derecho a veto, las inspecciones en el propio territorio ruso de las Naciones Unidas, convertidas así en administradoras del uranio de todo el mundo excepto el de los Estados Unidos. Y para conseguirlo, había que amenazar seriamente a los rusos con una guerra nuclear, que según los cálculos de época produciría unos siete millones de bajas civiles en Rusia.

En los hechos, la Unión Soviética rechazó el Plan Baruch en 1946 y por segunda vez en 1948, pero los norteamericanos nunca amenazaron con un ataque nuclear. [SLIDE] La opción de “usar el monopolio nuclear para preservar el monopolio nuclear” (*using the atomic monopoly in order to preserve the atomic monopoly*),¹⁴ un concepto que se convirtió en un cliché de la época, nunca se convirtió en la política de los Estados Unidos, a pesar de los prestigiosos referentes civiles que la auspiciaban.

Esto nos trae al más sorprendente de los proponentes occidentales de una guerra preventiva contra la URSS para preservar el monopolio atómico norteamericano. Me refiero, por supuesto, al gran pacifista británico Bertrand Russell, el filósofo, lógico y matemático que en 1950 recibiera el Premio Nóbel en Literatura.

Entre 1945 y 1949, Bertrand Russell fue un verdadero activista de la guerra preventiva. Publicó numerosos artículos periodísticos, y escribió numerosas y medulosas cartas privadas, donde defendió la necesidad moral de amenazar con una guerra para evitar la pérdida del monopolio atómico norteamericano. Sus opiniones y fundamentos se pueden seguir en forma cronológica.

En 1945, en un artículo para la revista *Cavalcade* titulado “Humanity’s Last Chance”, es decir “La última chance de la humanidad”, el filósofo pacifista razonaba que pretender que los Estados Unidos se desarmaran sería “utópico, porque implicaría la entrega voluntaria de la soberanía absoluta por parte de los EE.UU.”, pero que en cambio lo que

¹² George H Quester, *Nuclear Monopoly*, New Brunswick, New Jersey: Transaction Publishers, 2000, p. 48.

¹³ *The New York Times*, October 10, 1948, cf. Quester p. 48.

¹⁴ Ira Straus, “Reversing Proliferation”, *The National Interest*, Octubre de 2004, p. 64.

no era utópico sino posible era que los EE.UU. le impusieran esta solución a los demás, apelando a su monopolio atómico.¹⁵

Estos conceptos fueron confirmados en carta privada a Albert Einstein del 24 de noviembre de 1947, donde decía:

“creo que la única esperanza de paz (muy tenue por cierto) consiste en asustar a Rusia [IRÁN]”¹⁶

Poco más tarde, en un discurso del 3 de diciembre de 1947, Russell desarrollaba sus conceptos un poco más:

“Si todo el mundo aparte de Rusia [IRÁN] insistiera en el control de la energía atómica al punto de ir a la guerra por este asunto, es altamente probable que el gobierno soviético cedería en esta cuestión. Si no lo hiciera, y si se forzara la cuestión dentro del próximo par de años, entonces sólo un bando tendría las bombas, y la guerra podría ser suficientemente corta como para no traer la ruina total”.¹⁷

De similar tenor fue el discurso que pronunció por el mismo tiempo ante la *Royal Empire Society*:

“Me gustaría ver tan pronto como fuese posible una unión lo más cercana posible de todos aquellos países que creen que vale la pena evitar la guerra atómica. Creo que podríamos tener una alianza poderosa, y entonces volvernos hacia Rusia [IRÁN] y decirle: ‘Depende de ustedes que se unan a esta alianza, aceptando sus términos; si no se unen, les haremos la guerra’. Tiendo a pensar que Rusia [IRÁN] accedería; si no lo hace, en caso de que se libere suficientemente pronto el mundo podría sobrevivir a la guerra resultante y emerger con un solo gobierno, tal como necesita”.¹⁸

Merecen subrayarse tres dimensiones del pensamiento político de Russell entre 1945 y 1949: su condimento cosmopolita (el objetivo estratégico era llegar a un gobierno mundial); su dimensión realista (es imposible desarmar a quien ya tiene la Bomba, así que el gobierno mundial deberá ser liderado por los EE.UU.), y finalmente la curiosa coincidencia con las convocatorias recientes del gobierno de los EE.UU., porque el pacifista Russell convocaba en estas líneas a una coalición de los dispuestos, es decir *a coalition of the willing*, de manera similar a lo acontecido en 2003. La diferencia, claro está, es que la guerra cuya posibilidad Bertrand Russell defendía nunca se produjo.

¹⁵ Bertrand Russell, “Humanity’s Last Chance”, *Calvacade* 7, 398, (October 20): 9. Perkins p. 11

¹⁶ Véase Ray Perkins, *op.cit.*, p. 12, nota 5.

¹⁷ Pronunciado el 3 de diciembre de 1947 y publicado en *United Empire* 39, (enero/febrero de 1948): 18-21 *cf.* Ray Perkins, “Bertrand Russell and Preventive War”, in Bertrand Russell Society, *Bertrand Russell on Nuclear War, Peace and Language: Critical and Historical Essays*, Praeger/Greenwood, 2002, p. 5.

¹⁸ Bertrand Russell, “International Government”, *New Commonwealth* (January): 77-80. *Cf.* Perkins, p. 5.

Hacia 1948, el pensamiento de Russell sufrió modificaciones de matices debido a los acontecimientos internacionales, principalmente el golpe comunista checo y el nuevo rechazo ruso del Plan Baruch. Russell comenzó a dudar sobre la reacción rusa frente a una eventual amenaza occidental. En un artículo publicado el 6 de marzo en *The New Leader* aconsejó la amenaza, aclarando sin embargo que no estaba seguro de que los soviéticos se acobardaran.¹⁹

Y en una carta privada escrita en marzo de 1948 a Walter Marseille, cuya publicación en 1954 por el destinatario le produjo un enorme embarazo, el gran pacifista llegaba ya al extremo, afirmando:

“El comunismo [ISLAMISMO] debe ser barrido y el gobierno mundial establecido... No creo que los rusos [IRANÍES] cedan sin guerra”²⁰

El pensamiento de Bertrand Russell en este período de mayor radicalización queda quizá resumido en su tardía conferencia de noviembre de 1948 en la Westminster School de Londres. En esa presentación, el filósofo se refirió al deseable gobierno mundial, pero habida cuenta de que la renuncia voluntaria a la soberanía era improbable, concluyó que Occidente debería ‘imponerse’ sobre el resto del mundo, incluida la Unión Soviética.

El propio Russell reprodujo para publicación su participación oral en las preguntas que se le hicieron en público al terminar su ponencia, empleando la tercera persona para referirse a sí mismo. Allí aclaraba:

“Tal como él lo entendía, existían tres alternativas si las políticas rusas no se modificaban: (a) una guerra con Rusia [IRÁN] antes de que tuviera la bomba atómica, que terminaría rápida y decisivamente con una victoria occidental; (b) guerra con Rusia [IRÁN] después de que ésta obtuviera la bomba atómica, terminando también con una victoria occidental, pero después de inenarrable carnicería, destrucción y sufrimiento, y (c) la sumisión... La tercera alternativa le parecía tan absolutamente inadmisibles que podía descartarse; y entre las otras dos, la opción le parecía obvia.”²¹

Curiosamente, en un escrito anterior al recién citado, el pacifista británico llegó incluso a lamentar que los Estados Unidos no fuesen un país suficientemente imperialista como para que su propuesta de guerra preventiva tuviera grandes posibilidades de ser aceptada:

“Si los EE.UU. fuesen más imperialistas (...) sería posible que los americanos usasen su posición de superioridad temporaria para insistir en el desarme, no solamente en Alemania y Japón, pero en todas partes excepto en los Estados Unidos, o por lo menos en cualquier país que no esté dispuesto a entrar en una alianza militar estrecha con los Estados Unidos, que involucre la obligación de

¹⁹ “The Future of Mankind”, *The New Leader* 31, 6 de marzo de 1948: 8-9; cf. Perkins, *op. cit.* p. 5-6.

²⁰ “1948 Russell vs. 1954 Russell”, *The Saturday Review* 37, 42 (Octubre 16 de 1954): 25-6, cf. Perkins, *op. cit.*, p. 6.

²¹ Perkins, *op. cit.*, p. 6-7.

compartir secretos militares. Durante los próximos años, esta política podría ser impuesta; si fuesen necesarias una o dos guerras, éstas serían breves y concluirían con una decisiva victoria norteamericana. De esta manera, se podría fundar una nueva Liga de las Naciones bajo liderazgo norteamericano, y la paz del mundo quedaría establecida. Pero me temo que su respeto por la justicia internacional le impedirá adoptar esta política a Washington”²²

Sólo después de quebrado el monopolio nuclear norteamericano, con la adquisición de la Bomba por parte de los soviéticos en 1949, abandonó Bertrand Russell su apoyo público a una guerra preventiva para impedir que otra gran potencia adquiriese la bomba.

No obstante, aún abandonada esta idea extrema, los pensadores más liberales de Occidente, en absoluto sospechosos de belicismo o fascismo, siguieron pensando que la única manera de terminar con el peligro de la autodestrucción humana a través de la guerra nuclear consistía en la construcción de un orden internacional jerárquico. En fecha tan tardía como 1969, dos décadas después del final del monopolio nuclear norteamericano, una pensadora de signo tan liberal como Hannah Arendt, nos advertía acerca de la anarquía básica de las relaciones internacionales diciendo:

“Hablar de ‘la prioridad del potencial bélico como la principal fuerza estructurante de la sociedad’, (...) concluir que ‘la guerra misma es el sistema social básico’ (...) suena factible. (...) En vez de ser la guerra ‘una extensión de la diplomacia (o de la política, o de la búsqueda de objetivos económicos), la paz es la continuación de la guerra con otros métodos.”

Y a partir de este diagnóstico acerca de la estructura del sistema interestatal, Arendt sugería cuál era la única solución realista a este predicamento de muerte y destrucción:

“La principal razón porque la guerra aún está con nosotros no radica en un secreto deseo de muerte de la especie humana, ni en un irreprimible instinto de agresión, ni (...) en los serios peligros sociales y económicos inherentes al desarme, sino en el simple hecho de que aún no ha emergido en la escena política un árbitro final de los asuntos humanos. ¿Acaso no tenía razón Hobbes al decir que ‘los tratados sin la espada no son sino palabras’? Ni es probable que aparezca un sustituto [a la guerra] mientras la independencia nacional, entendida como la ausencia de dominación extranjera, no se desvincule de la soberanía del Estado, es decir, de la pretensión de una autonomía absoluta en los asuntos exteriores.”²³

En otras palabras, era necesario construir un orden interestatal jerárquico, donde la independencia de los Estados en asuntos internos quedase desvinculada de su soberanía en cuestiones relativas a la paz y seguridad internacional, que debería acotarse hasta casi desaparecer. Pero esto no podía realizarse sin una nueva oleada de violencia.

²² Ronald William Clark, *The Life of Bertrand Russell*, London: Jonathan Cape, 1975, pp. 518 y 527-530, cf. Questrer, *op. cit.* p. 38.

²³ Hannah Arendt, *On Violence*, Chicago : University of Chicago Press, 1969, p. 5 y 9.

Para concluir: con posterioridad a las atrocidades del 11 de septiembre de 2001 y el 11 de marzo de 2004 (entre otras), frente a las permanentes amenazas bélicas contra Israel del presidente iraní, y en la antesala de un régimen teocrático fundamentalista armado de bombas atómicas, que se complementa con otro Estado paria que ya parece ser nuclear y que se caracteriza por vender todas las armas que produce al mejor postor, creo que resulta útil regresar a estas reflexiones de comienzos de la era nuclear.

En aquel entonces, grandes hombres y mujeres como Winston Churchill, Bertrand Russell y Hannah Arendt instaron a la humanidad a dejar de lado el lastre de la soberanía absoluta y a plegarse detrás del esfuerzo por dominar al demonio nuclear de la única manera posible: asegurando el monopolio del único país que tenía la Bomba y trabajando en pos de un eventual gobierno mundial, aunque fuera parcial, limitado a las cuestiones de la paz y seguridad internacional.

Aquella oportunidad se perdió. No obstante, a pesar de los agoreros, el mundo sobrevivió a la Guerra Fría. Pero ahora el adversario no es simplemente un comunista. Uno de ellos es místico y suicida; el otro, su antítesis, sólo produce armas para exportación y las vende a quien quiera y pueda pagarlas. La historia entonces se repite, pero muy agravada.

¿Van Israel y los Estados Unidos permitir que se quiebre el oligopolio nuclear constituido por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad más los tres estados nucleares que nunca adhirieron al TNT? ¿O se va a permitir que Irán y Corea del Norte, los más peligrosos de todos los Estados, consuman el colapso de este oligopolio?

La única manera de impedir el acceso de Irán y Corea del Norte a la Bomba es la guerra nuclear preventiva por la que abogara Bertrand Russell entre 1946 y 1949. Cuáles serían sus consecuencias es algo que desconocemos. Lo que si sabemos es que no librar esta guerra significa asegurar la derrota de la Proposición A por la Proposición C.

Por lo que se vislumbra, el curso adoptado por la humanidad occidental es la abdicación por omisión. Quizá sea lo mejor. Ningún estadista de la actualidad posee el coraje moral de un Winston Churchill o un Bertrand Russell, quienes en forma análoga al admirable Judas imaginado por Borges en 1944, estuvieron dispuestos a condenarse al escarnio para salvar a su civilización. Según nuestro bardo, la de ellos sería la forma suprema de la humildad.